

SOBRE EL CONCEPTO DE POPULISMO

*Roberto García Jurado**

RESUMEN: Un concepto tan utilizado en el lenguaje político contemporáneo merece ser útil y pertinente, si se diferencia en forma adecuada. Una revisión de cinco episodios populistas: el ruso y el estadounidense de fines de siglo XX, el latinoamericano de mediados del XX, los de extrema derecha en Europa del último cuarto del siglo XX y los neopopulismos latinoamericanos de la década de los noventa, lleva, para finalizar, a ciertos rasgos generales del populismo.



ABSTRACT: This concept is so common to contemporary political language that it deserves to stand out in its usefulness and pertinence. We will review five populists' episodes to learn their general characteristics: the Russian and American one at the end of the twentieth century, the Latin American one from the middle of the twentieth century, the European extreme right in the last quarter of the twentieth century, and finally the Latin American neopopulist of the nineties.

7

PALABRAS CLAVE: Pueblo, populismos, liderazgo carismático, supremacía popular.

KEY WORDS: People, populism, charismatic leadership, popular supremacy.

RECEPCIÓN: 24 de mayo de 2011.

APROBACIÓN: 20 de marzo de 2012.

*Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

SOBRE EL CONCEPTO DE POPULISMO

El populismo es un concepto nuevo. Nuevo con relación a la historia de la humanidad, pues apenas se comenzó a hacer uso de él a finales del siglo XIX, hace poco más de un siglo. Como el fascismo, el totalitarismo o el imperialismo, se refiere también a un fenómeno o a una realidad política moderna, casi contemporánea. Ciertamente, hay algunas voces que pueden identificar algo así como el *populismo de los antiguos*, pero la gran generalidad coincide en su novedad y su correspondencia con fenómenos modernos.

Otra característica sobresaliente de este concepto es la profusión con la que se le utiliza. A pesar de ello, llama la atención que no se haga un esfuerzo mayor para la teorización del mismo. Ciertamente, existen ya textos relevantes y clásicos sobre el tema, como el de Margaret Canovan, *Populism*, y la compilación de Ghita Ionescu y Ernest Gellner, *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Más aún, por ser América Latina una de las regiones en donde más sentido tiene analizar y examinar el fenómeno del populismo, se esperaría una mayor dedicación a ello de la que ha habido hasta ahora.¹

En este sentido, el presente trabajo se propone brindar una aproximación para tratar de fijar su significado. Ciertamente parece una empresa desproporcionada, sobre todo considerando la extensión relativamente breve de este escrito, sin embargo, considero que en este espacio

¹ Hay una abundante literatura sobre el populismo que no se reduce, por supuesto, a estos dos ejemplos. Sin embargo, son los que considero más interesantes.

ROBERTO GARCÍA JURADO

puede hacerse una caracterización general del concepto y, a partir de ahí, demostrar que es un concepto útil y pertinente.

Para cumplir este cometido, me propongo por principio diferenciar el uso que se le da al populismo como categoría histórica, es decir, como concepto para describir ciertos momentos históricos de la evolución de algunos países, del uso actual y contemporáneo que pueda atribuírsele. En efecto, si se trata de fundir en un mismo concepto de populismo al populismo ruso y norteamericano del siglo XIX, con líderes o partidos populistas en Europa y América de los albores del siglo XXI, habrá muy poco éxito. No obstante, no quiere decir que no tengan nada qué ver el uno con el otro; al contrario, hay conexiones y derivaciones muy importantes que no deben pasarse por alto.

Así como el concepto de dictadura tenía un significado distinto entre los antiguos del que tiene entre los modernos, lo cual no significa que el segundo no haya derivado buena parte de su significación a partir del primero, del mismo modo puede establecerse un patrón similar con el populismo. Así, el significado que tiene en la actualidad es distinto al que tenía en los dos contextos del siglo XIX antes citados, pero una parte de su actual significado, como se verá, deriva de aquellos.

10 | Me propongo diferenciar el uso histórico del uso actual que tiene este concepto para evidenciar su pertinencia y utilidad en el lenguaje político contemporáneo; comenzaré por identificar y describir, de manera muy genérica, cinco de los episodios históricos populistas más relevantes y significativos, al menos para el mundo occidental: el populismo ruso de la segunda mitad del siglo XIX; el populismo estadounidense del último cuarto del siglo XIX; el populismo latinoamericano de mediados del siglo XX; los populismos europeos de extrema derecha del último cuarto del siglo XX, y los populismos neoliberales latinoamericanos de las últimas dos décadas del siglo XX.

Con el fin de esclarecer las premisas básicas sobre las que se asienta la concepción de populismo que se propone en este trabajo, me referiré a las concepciones de pueblo, política y democracia del discurso populista, para finalizar con una caracterización del concepto en la actualidad, que se basa en tres elementos básicos: 1) Un liderazgo carismá-

tico; 2) La apelación directa al pueblo; y, 3) La superación de las instituciones políticas.

Episodios populistas

Cronológicamente, el primer movimiento social y político al que se le ha etiquetado de populismo es al de Rusia, a finales del siglo XIX. En ese entonces, Rusia era uno de los países más atrasados de Europa, tanto en términos económicos como sociales y políticos. Desde 1613, la dinastía de los Románov se había instalado en el trono que no dejó sino hasta la revolución de febrero de 1917. Es decir, poco más de tres siglos, de los cuales el último estuvo caracterizado por su cerrazón al cambio y a la reforma.

Indicio claro de esta cerrazón fue que el régimen zarista conservó la institución de la servidumbre hasta una fecha tan tardía como 1861, año en que se decretó la tan ansiada emancipación de los siervos, pero bajo unas condiciones tan desfavorables que ese mismo año estallaron una serie de revueltas campesinas, que instigaron y fomentaron la proliferación de ideas revolucionarias en el país.²

Ya desde las revoluciones de 1848 el gen revolucionario se había comenzado a diseminar por Rusia, en donde muchos intelectuales adoptaron posturas de abierta crítica al régimen, como Herzen, Ogarev y Bakunin, que desde su exilio en Londres criticaron la intolerancia del gobierno zarista. Más tarde se sumarían también voces como las de Mijailovski, Lavrov y Chernichevski, por citar sólo algunos de los nombres que no sólo se distinguieron por su resistencia al régimen, sino también por su contribución a las ideas populistas.³

²Véase León Poliákov, *De Gengis Kan a Lenin. La causalidad diabólica*, 1987, Barcelona, Muchnik; B.H. Sumner, *Historia de Rusia*, 1944, México, FCE; y Carsten Goehrke (*et al.*), *Rusia*, 2006, México, Siglo XXI.

³Una panorámica general del ambiente intelectual de la Rusia de esta época puede encontrarse en Andrzej Walicki, "Russian Social Thought: An Introduction to Intellectual History of Nineteenth-Century Russia", *Russian Review*, enero de 1977, vol. 36, núm. 1. Pueden verse también Richard Pipes, "Russian Marxism and its Populist Background: The Late Nineteenth Century", *Russian Review*, octubre de 1960, vol. 19, núm. 4; y Aleksander I Herzen, *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*, 1979, México, Siglo XXI.

ROBERTO GARCÍA JURADO

De cualquier modo, todos estos autores pueden considerarse populistas, en el sentido ruso, en tanto que comparten una confianza ilimitada en las potencialidades de la comuna campesina como base de una sociedad más igualitaria. Su confianza en el campesinado los hacía criticar al marxismo por el protagonismo que confería al proletariado. Además, el ensalzamiento que hacían los marxistas de la división social del trabajo aparecía ante los ojos de Mijailovski, uno de los populistas más prominentes, como una regresión inaceptable.⁴

No obstante, a pesar de la complejidad, riqueza y paradojas de las propuestas del populismo ruso, resulta por demás curioso que hayan sido los escritores marxistas, principalmente Lenin, quienes lo etiquetaron de la manera en que ha sido conocido después.⁵

Más allá de las ideas, en el terreno de la acción política, el populismo ruso también tuvo manifestaciones renombradas. La más relevante de ellas fue la fundación de la organización *Zemlia i volia* (*Tierra y libertad*), creada en 1874. Esta organización estaba constituida por un círculo de agitadores revolucionarios que trataban de fundirse con la que consideraban la veta más auténtica del pueblo, el campesinado, con el fin de detonar una gran revolución social que creara una sociedad libre e igualitaria. Aunque tuvo una corta vida, al desintegrarse en 1879 dio origen a dos organizaciones que continuaron por rumbos diferentes con su programa revolucionario: una fue *Cherny Peredel* (*Redistribución negra*) y la otra *Narodnaia Volia* (*La voluntad popular*), la cual tenía una veta mucho más radical y anarquista que la primera, al grado de que fue la autora del asesinato del zar Alejandro II en 1892.

El populismo ruso, o *narodnichestvo*, en su lengua original, no fue tanto un movimiento popular como un movimiento de inspiración popular, es decir, no participaron en él campesinos ni individuos de otros

⁴Hasta ahora, el mejor texto para adentrarse en el contenido y en la trayectoria del populismo ruso es el libro de Franco Venturi, *El populismo ruso*, 1981, Madrid, Alianza, 2 vols. Pueden verse también Isaiah Berlin, “El populismo ruso” y “Rusia y 1848”, en *Pensadores rusos*, 1992, México, FCE; y Andrzej Walicki, “Rusia”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, 1979, Buenos Aires, Amorrortu.

⁵Véase Samuel H. Baron, “Plekhanov and the Origins of Russian Marxism”, *Russian Review*, enero de 1954, vol. 13, núm. 1; y Lenin, *Contenido económico del populismo*, 1974, México, Siglo XXI; y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, 1977, México, ECP.

sectores populares, sino intelectuales y revolucionarios profesionales que buscaban construir una nueva sociedad, inspirados en los principios tradicionales de organización comunal del pueblo ruso.

El segundo episodio populista a considerar es el populismo estadounidense, prácticamente simultáneo al populismo ruso. Su parteaguas puede ubicarse en las elecciones presidenciales de 1892, aunque las condiciones sociales que le dieron origen nacieron antes.

La segunda parte del siglo XIX constituyó un período de profundo cambio social, económico y político en Norteamérica. La guerra civil que inició en 1861 contó entre sus causas detonantes la abolición de la esclavitud, una institución tanto o más anacrónica que la servidumbre rusa abolida ese mismo año, pero que a diferencia de ésta, estaba incrustada en una de las sociedades cuya agricultura tenía una clara orientación empresarial y comercial, y en la cual se comenzaba a observar un impulso vigoroso hacia la industrialización, lo cual acentuaba este anacronismo.⁶

Más aún, durante este período, la sociedad norteamericana dio un paso decisivo, un paso que la conducía hacia la urbanización, la modernización y el imperialismo, transitando de una sociedad eminentemente agraria a una sociedad de industrialización creciente, con visos claros de modernidad económica y política.

Esta transformación implicó, en buena medida, la reubicación social y política del personaje social que hasta ese momento se había presentado como el sostén y el símbolo más visible de esa Norteamérica, es decir, el granjero independiente. Este personaje emblemático de la sociedad norteamericana del siglo XIX comenzó a verse amenazado, asediado y acosado por todos los cambios económicos y sociales derivados de esta transformación. Así, la concentración de la propiedad agrícola, el encarecimiento de los créditos bancarios, el aumento de las tarifas ferroviarias, la imposición de la intermediación comercial y un

⁶ Véase Samuel E. Morison (*et al.*), *Breve historia de los Estados Unidos*, 1993, México, FCE, cap. XXIV; Willi P. Adams, *Los Estados Unidos de América*, México, 1979, Siglo XXI, cap. 3; y Arthur M. Schlesinger, *Political and Social Growth of the United States 1852-1933*, 1937, New York, Macmillan.

ROBERTO GARCÍA JURADO

sinnúmero de condicionantes más, propiciaron que las condiciones de existencia tradicionales del granjero se vieran seriamente alteradas.⁷

La expresión de este descontento se dio de múltiples formas. Una de ellas fue la creación de la *Grange* en 1868, una organización que, aunque recibió el primer impulso del gobierno federal, pronto se convirtió en un recurso muy utilizado por parte de una gran cantidad de granjeros, que aunque se agrupaban en torno a ella con fines esencialmente mutualistas, permitió la creación de una extensa red social que vinculó más estrechamente a dicho sector. Ya en la década de 1880, y con el precedente de la *Grange*, se desarrolló aceleradamente otra importante organización, las *Farmer's Alliances*. A diferencia de aquélla, ésta tenía una clara orientación política, al grado de que adquirió la capacidad de presentar en el ámbito público las demandas de este sector social y lograr que se tomaran en cuenta.⁸

Sin embargo, el acontecimiento realmente crucial y determinante del populismo norteamericano fue la creación del *Partido del pueblo* en 1892 y su participación en las elecciones presidenciales de ese año. El *Partido del pueblo*, que con gusto asumió el apelativo de populista, recogía en buena medida la membrecía, demandas y aspiraciones de las organizaciones agrícolas antes mencionadas. A pesar de que la plataforma electoral del Partido incorporaba demandas y propuestas de un gran contraste, muchas de ellas apuntaban a una reforma política y estatal realmente radical, como la reducción de la jornada laboral; reformas al sistema electoral (voto secreto, plebiscito, elección directa de senadores, etc.); combate a la corrupción de las grandes compañías; o propiedad estatal de los ferrocarriles, teléfonos y telégrafos. La animadversión de los populistas norteamericanos a las grandes corporaciones, al gobierno, y a los grandes partidos nacionales se tradujo en la exigencia de una mayor democracia. Así, desde esta época, el significado del

14

⁷Véase Erick Foner, *Reconstruction. America's Unfinished Revolution 1863-1977*, 1989, New York, Harper & Row.

⁸Sobre el populismo estadounidense, el texto clásico, sin dejar de ser polémico, sigue siendo el de Richard Hofstadter, *The Age of Reform. From Bryan to F.D.R.*, 1960, New York, Vintage. Un resumen de sus principales señalamientos puede verse en Richard Hofstadter, "Estados Unidos", en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.) *op. cit.*; pueden verse también Norman Pollack, *The Populist Response to Industrial America. Midwestern Populist Thought*, 1976, Cambridge, Harvard University Press; y John D. Hicks, *The Populist Revolt. A History of the Farmers' Alliance and the People's Party*, 1961, USA, University of Nebraska Press.

populismo en Norteamérica adquirió en buena medida el sentido que preserva en la actualidad en ese contexto: la mayor participación del pueblo en las decisiones de Estado, el descenso de las decisiones de gobierno a estratos más amplios de la población.⁹

En 1892, a pesar de tener como contrincantes a los dos grandes partidos del momento, el Republicano y el Demócrata, el Partido del Pueblo pudo atraerse, en el mismo año de su creación, poco más de un millón de votos, lo que representó el 9% de la votación nacional. Un resultado admirable y sorprendente para cualquier nueva organización política que participaba por primera vez en el escenario electoral, y el cual desafiaba seriamente al sistema bipartidista norteamericano, que por esa época comenzaba a consolidarse.

A pesar de que la posterior fusión de los populistas con los demócratas determinó el principio de su fin, su huella quedó estampada en la transformación política y social norteamericana.

El tercer episodio es el populismo latinoamericano de mediados del siglo XX. A diferencia de los dos anteriores, no se trata de la experiencia de un solo país, sino de varios, por lo que no es sencillo hablar del populismo latinoamericano como si se tratara de una unidad claramente delimitada. Sin embargo, la historiografía de la región ha convenido en establecer una serie de paralelismos y coincidencias entre una serie de movimientos políticos y regímenes que se dieron en la región.

La mayor parte de estos populismos se presentó entre la década de 1930 y la de 1960. Los casos más típicos son los del régimen de Juan Domingo Perón, 1946-1955 y 1973-1974; Getulio Vargas, 1930-1945 y 1951-1954; Lázaro Cárdenas, 1934-1940; Fernando Bealúnde Terry, 1963-1968 y 1980-1985; Carlos Ibáñez del Campo, 1927-1931 y 1952-1958; y José María Velasco Ibarra, 1934-1935, 1944-1947, 1952-1956, 1960-1961, 1968-1972.¹⁰

⁹Véase Worth R. Miller, "Farmers and Third Party Politics", en Charles W. Calhoun (ed.), *The Gilded Age. Essays on the Origins of Modern America*, 1996, SR Wilmington; Arthur M. Schlesinger (ed.), *The Coming to Power. Critical Presidential Elections in American History*, 1981, New York, Chelsea House; y "Populist Party Platform", en Richard Hofstadter (comp.), *Great Issues in American History*, vol. 2, 1960, New York, Vintage.

¹⁰Véase Gino Germani, Torcuato S. di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, 1973, México, Era; Carlos M. Vilas, *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, 1994, México, Conaculta.

ROBERTO GARCÍA JURADO

Entre el populismo latinoamericano de esta época y el populismo del siglo XIX, tanto ruso como estadounidense, hay más diferencias que semejanzas: mientras que los primeros fueron movimientos sociales de los campesinos o para los campesinos, éstos son esencialmente modelos de alianzas policlasistas con predominio de los sectores urbanos; en tanto que aquellos son movimientos sociales extensos y difusos, sin un claro liderazgo político, éstos son regímenes o partidos con un claro liderazgo caudillista, al grado de que muchos de ellos se han dado a conocer precisamente por la sustantivación de un apellido, como peronismo, cardenismo, ibañismo, velazquismo, etc.; mientras que aquéllos estuvieron siempre al margen del poder, éstos fueron partidos gobernantes o gobiernos cuya influencia los convirtió en régimen; si los primeros tenían un tinte libertario, muchos de éstos tuvieron tintes paternalistas y algunos francamente una orientación autoritaria; mientras aquéllos buscaban una movilización desde abajo, éstos desde arriba.¹¹

Evidentemente, lo anterior hace generalizaciones un tanto forzadas, tanto para los populismos del siglo XIX como para los del XX; más aún, hay quienes sostienen una diferencia radical entre el populismo ruso y el estadounidense, o establecen una clara demarcación entre las versiones democráticas y autoritarias del populismo latinoamericano. Sin embargo, aún así, a través de ellas se puede dar una idea más clara del contraste entre ambos conjuntos.¹²

A pesar de sus divergencias internas, la mayor parte de las experiencias populistas en América Latina comparte algunas características relevantes: liderazgo caudillista, nacionalismo exacerbado, intervencionismo estatal, movilización desde arriba y afanes modernizadores.

El cuarto episodio, los populismos de extrema derecha en Europa durante el último cuarto del siglo XX, también se distinguen claramente de los anteriores. La diferencia más clara y palmaria radica en que, en este caso, se trata fundamentalmente de partidos políticos con una

¹¹ Véase Alisdair Hennesy, “América latina”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner, *op. cit.*; Carlos M. Vilas, “El populismo latinoamericano: un enfoque estructural”, *Desarrollo Económico*, Oct.-Dic. 1988, vol. 28, núm. 111; y César Cansino e Ismael Covarrubias, *En el nombre del pueblo. Muerte y resurrección del populismo en México*, 2006, México, UACJ.

¹² Véase Robert H. Dix, “Populism: Authoritarian and Democratic”, *Latin America Research Review*, 1985, vol. 20, núm. 2.

ideología de extrema derecha, xenófobos hasta el racismo, y antagonistas declarados del Estado, las élites políticas y las instituciones democráticas.¹³

Los partidos populistas europeos más sobresalientes son el Partido del Progreso, de Dinamarca, fundado en 1972; el Frente Nacional, de Francia, fundado en 1972; el Partido Anders Lange, de Noruega, fundado en 1973; el Bloque Flamenco, de Bélgica, fundado en 1978; el Partido Nacional Británico, fundado en 1980; el Partido Liberal Austriaco (FPÖ), fundado en 1986; la Nueva Democracia Sueca, fundada en 1991; y la Liga Norte, de Italia, fundada en 1991.¹⁴

Como puede observarse por las fechas de su fundación, muchos de estos partidos se crearon a raíz de la crisis económica de los años setenta, del posterior incremento en la inmigración y de todos los desajustes sociales y culturales derivados de ellos. La crisis que sacudió a Europa y al mundo en esos años, no sólo fue económica, fue también moral. Las estructuras tradicionales del Estado de bienestar que se habían construido en la posguerra se fueron desmontando no sólo por problemas fiscales, sino también por los repetidos cuestionamientos a instituciones que promovían la solidaridad social en un contexto adverso, donde el hombre común, víctima real o propiciatoria de la crisis, buscaba a quien culpar de la estrechez económica.¹⁵

La ansiedad producida por la incertidumbre social y económica pronto encontró sus chivos expiatorios; los grupos marginados, los inmigrantes, los de un color diferente, los de un culto distinto. Todos aquellos que en alguna medida se diferenciaban del hombre común, héroe de todos los populismos.

Estos partidos populistas se caracterizaron, o caracterizan, por culpabilizar y rechazar el sistema sociocultural, el sistema político, el gobierno en turno y, en general, la estructura social productora de tal ansiedad.

¹³ Véase el texto de Chantal Mouffe, “El ‘fin de la política’ y el desafío del populismo de derecha”, en Francisco Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, 2009, Buenos Aires, FCE.

¹⁴ Véase Yves Surel, “Populismo y sistemas de partidos en Europa” y Nonna Mayer “Los campeones de las extremas derechas europeas”, en Guy Hermet *et al.*, *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, 2001, México, Colegio de México; y Alfio Mastropalo, *La mucca pazza della democrazia*, 2005, Torino, Bollati Boringhieri.

¹⁵ Véase Claus Offe, *Contradicciones en el Estado de bienestar*, 1991, México, Conaculta-Alianza, y Luis Moreno, *Ciudadanos precarios*, 2000, Barcelona, Ariel.

ROBERTO GARCÍA JURADO

Debido a ello, la mayor parte de su clientela electoral proviene de varones poco educados, con empleos rutinarios y mal pagados, en puestos subordinados e inestables, víctimas de la macdonalización del empleo.* Así, a diferencia de muchos de los partidos populistas latinoamericanos más resonantes, su ideología era, y es, de una extrema derecha intransigente.¹⁶

Finalmente, el quinto episodio, los neopopulismos latinoamericanos de la última década del siglo XX, son una extraña fusión de elementos un tanto dispares. El rasgo característico es que se trata de un conjunto de gobiernos que tratan de amalgamar el liberalismo económico y el populismo político. Los ejemplos más típicos son los gobiernos de Alberto Fujimori en Perú (1990-2000); Carlos Menem en Argentina (1989-1999); Fernando Collor de Melo en Brasil (1990-1992); y Carlos Salinas de Gortari en México (1988-1994).¹⁷

Este neopopulismo se caracteriza por sus bajos niveles de institucionalización, por lo que el liderazgo carismático se convierte en uno de sus rasgos definitorios. Además, por esta misma razón, se coloca en una posición claramente antagónica con los partidos políticos, las organizaciones sociales, la clase política y con la misma armazón constitucional del Estado, con todo lo que obstruya su finalidad última: alcanzar la máxima concentración de poder, muchas veces valiéndose de mecanismos plebiscitarios, que le permitan superar precisamente cualquier barrera institucional para emprender, así, reformas económicas de un corte liberal dogmático.¹⁸

Esta versión latinoamericana ha hecho de los medios de comunicación su vehículo privilegiado para acercarse al pueblo y atraerse su apoyo; es un populismo mediático, en palabras de Hermet, que con

* Macdonalización: convertir todo en entretenimiento; apariencia de máxima elección del usuario, que encubre un sistema hipermecanizado, pautado y seriado. *McJob* es un trabajo de bajo impacto, pero funcional e intercambiable. (*N. del E.*)

¹⁶ Véase Hans-Georg Betz, "The Two Faces of Radical Right-Wing Populism in Western Europe", *The Review of Politics*, Autumn, 1993, vol. 55, núm. 4.

¹⁷ Véase Alan Knight, "Populism and Neo-Populism in Latin America" *Journal of Latin American Studies*, May, 1998, vol. 30, núm. 2; y Aníbal Víguera, "Populismo y neopopulismo, en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, jul-sep. de 1993, vol. 35, núm. 3.

¹⁸ Véase Kurt Weyland, "Neoliberal Populism in Latin American and Eastern Europe", *Comparative Politics*, Jul. 1999, vol. 31, núm. 4; "Neopopulism and Neoliberalism in Latin América: How Much Affinity?", *Third World Quarterly*, Dec. 2003, vol. 24, núm. 6; y "Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics", *Comparative Politics*, Oct. 2001, vol. 34, núm.1.

este medio ha podido desacreditar a los partidos políticos tradicionales, allanándoles el camino a figuras como Bucaram, Fujimori o Collor.

Por último, una característica de la mayor parte de estos neopopulismos es que generalmente han conducido a una catástrofe política, social y económica en sus respectivos países, de cuyo daño se han venido recuperando muy gradualmente por medio de la reinstauración de su vida institucional.

El pueblo del populismo

Todos estos populismos, y los demás, se caracterizan por sus continuos y enfáticos llamados al pueblo. Claro, si se considerara populista cualquier apelación al pueblo, no habría prácticamente actividad política que se librase de este apelativo, ya que de un modo u otro, y con diferentes grados de intensidad, la mayor parte de la actividad política contemporánea termina por invocar al pueblo. No obstante, la noción de pueblo que invoca el populismo es particular, distintiva.

El pueblo es un concepto todavía más vago, impreciso y polisémico que el mismo populismo. Puede aludir a la totalidad de la población de un Estado; a la suma de los ciudadanos con derechos políticos; al conjunto de los sectores más pobres y desprotegidos; al conjunto de individuos que conservan sus tradiciones; a los sectores más ignorantes o incultos; a los pobladores del medio rural; al conjunto de personas excluidas del poder y contrapuestas a los gobernantes; al conjunto de personas que tiene un origen común o al conjunto de personas que tiene una misma nacionalidad.¹⁹

La misma vaguedad de la ideología populista le permite convocar a una entidad llamada pueblo de contornos y naturaleza igualmente vaga. Así, esa entidad nebulosa e ilimitada tiene como característica definitoria su indefinición; alude a una totalidad, pero sin especificar su contenido. Más aún, se trata de una totalidad engañosa, pues su propósito último no es incluir, sino excluir, diferenciar. Así, a pesar de

¹⁹ Véase uno de los estudios más amplios sobre el tema en Margaret Canovan, *The People*, 2005, Cambridge Polity Press.

ROBERTO GARCÍA JURADO

este propósito excluyente, su búsqueda y persecución de la totalidad absoluta es frenética, lo cual se debe en buena medida a un ansiado estadio de pureza y autoridad moral que le conferiría su consecución. Así, una vez alcanzado este reconocimiento, se haría caer sobre la pequeña o grande minoría, que no hubiera sido incluida en esa personificación del pueblo, todo su peso moral y opresor.²⁰

Todos los líderes, movimientos, partidos o regímenes populistas apelan también a una supuesta edad de oro, a un paraíso perdido, a un edén robado. Este recurso, les permite denunciar los cambios y transformaciones que está sufriendo una sociedad para tratar de contrarrestarlo. Por medio de semejante ficción, las angustias y privaciones de los desposeídos, de los ansiosos por creer, parecen de una redención más creíble y cercana, tan cercana como la simple evocación, con lo cual se presta oídos y cooperación a quien despierta la conciencia perdida del potencial popular.

Evidentemente, toda esta manipulación no es sólo instrumental; muchos líderes, partidos o movimientos no pretenden sólo manipular, sino que creen firmemente en la idea de encarnar las raíces más hondas del pueblo.

20

Es precisamente uno de los filos o aristas del populismo, es decir, su confianza incondicional en la unidad, en un grupo monolítico del más sólido cobalto. Por definición y vocación, los populistas desconfían de la diversidad, la pluralidad y la división. A partir de su pretensión de representar a la totalidad del pueblo y su unidad invulnerable, se sienten autorizados para descalificar cualquier disensión, cualquier duda o divergencia. No alcanzan a concebir que en un mismo pueblo pueda haber división, discordia, separación. El populismo lidia con esfuerzo con la diversidad de opiniones, no conoce otro método de acuerdo que el consensual y persigue con obstinación el resultado de la unanimidad. Evidentemente, esto implica que si la política es división, disensión, confrontación, la esencia del populismo reniega de la po-

²⁰ La formulación clásica de Laclau sobre el populismo va en este sentido, aunque él pondera más las cualidades discursivas y combativas del populismo para desafiar el orden establecido; véase Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, 1978, Madrid, Siglo XXI; y *La razón populista*, 2006, México, FCE.

lítica; antes que un recurso de integración, la política parece una amenaza vital.²¹

A pesar de la gran variedad de populismos que han existido, podría decirse de manera general que el populismo tiene una relación más bien distante con la libertad; más aún, de la tríada que emblematicizó a la Revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, parece supeditar las dos primeras a esta última, ya que el estrechamiento de lazos fraternales que formen una abigarrada unidad parece ser su motivación más fuerte. Así, la invocación al pueblo no parece dirigirse a una diversidad de individuos, sino a una entidad colectiva que debe responder en el mismo sentido, como comunidad integrada, sin fisuras. En este sentido, el populismo parece ampararse en un enfoque comunitarista que considera exclusivamente a los individuos como partes de un todo, sin identidad autónoma.

En la misma medida en que el populismo sacraliza la naturaleza del pueblo y eleva sus fines por encima de cualquier otra pretensión particular, del mismo modo reclama una concepción de justicia última, infalible, sustantiva. Ningún criterio, procedimiento o tribunal puede dar mejor veredicto sobre la justicia que el tribunal del pueblo. De este modo, la justicia se convierte en patrimonio y nutrimento de la soberanía popular; es todo aquello que la potencia, la engrandece.

De modo similar a como se glorifica la unidad frente a la individualidad y la fraternidad frente a la libertad, igualmente se exalta la virtud y las cualidades del hombre común, del hombre sencillo, natural, del hombre del pueblo. El populismo se funda en buena medida en la exaltación del hombre sencillo, destacando las bondades de un primitivismo inmaculado, depositario de todas las bondades y virtudes, portador de una moral superior.²²

Aquí radica en buena medida el antielitismo de todo populismo. Ante sus ojos, las élites políticas, sociales, económicas y culturales no

²¹ En este aspecto, existe sin duda un fuerte vínculo entre el romanticismo y el populismo. Para rastrearlo conviene remitirse al texto de Carl Schmitt, *Romanticismo político*, 2000, Buenos Aires, UNQ; véase también J.L. Talmon, *Mesianismo político. La etapa romántica*, 1969, México, Aguilar.

²² Véase Jules Michelet, *El pueblo*, 2005, México, FCE; y Eugene Lunn, "Cultural Populism and Egalitarian Democracy: Herder and Michelet in the Nineteenth Century", *Theory and Society*, Jul. 1986, vol. 15, núm. 4.

ROBERTO GARCÍA JURADO

pueden ser más que corruptas, traidoras y falsas. El pueblo es mejor; más bondadoso, más sabio, más solidario, más durable. Nutriéndose de la vena populista, el populismo exalta a la sociedad frente al Estado: no sólo es más antigua y sustantiva que el Estado, sino también más duradera.

Así, el baluarte de la nación, de la comunidad, no es el Estado, sino el pueblo, el que se erige como defensor y protector de toda la sociedad y de sí mismo.

Del mismo modo que se exaltan todas las virtudes del pueblo, se exaltan también todas sus potencialidades; la organización espontánea, la rebelión, el cooperativismo, el mutualismo, la movilización desde abajo. De ahí que necesariamente toda institucionalización estorbe los ímpetus populistas; cualquier límite impuesto a la manifestación popular no puede entenderse más que como una traición.

La política del populismo

22

Aunque en determinados contextos puede hablarse de populismo cultural o económico, en realidad el contenido más importante del populismo es político. No obstante, frecuentemente se le etiqueta como antipolítico, moralista. Y en efecto, el populismo es esencialmente político, y no puede decirse de él que sea antipolítico a menos que se establezca un concepto particular y no general de política. Sólo si se plantea la política en su contexto y sentido democrático y liberal, puede tener alguna coherencia llamar antipolítico al populismo.²³

En tanto la política, en un contorno democrático y liberal, implica cierto grado de tolerancia, pragmatismo e institucionalización, el populismo se conjuga con dificultad con todo ello.

En un régimen democrático ciertamente hace falta un alto grado de tolerancia, mientras que el populismo es maximalista. También es necesaria una cierta dosis de pragmatismo político, entendido como

²³ Véase Peter Worsley, “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *op. cit.*; y John H. Bunzel, *Antipolitics in America*, 1970, New York, Vintage.

la necesidad de aceptar soluciones intermedias, respuestas parciales y metas provisionarias. Asimismo, la política democrática no puede descansar en otro sustrato social y político que no sea la institucionalización, el establecimiento, difusión y apego a ciertas conductas y prácticas de ejercicio del poder, es decir, al Estado de derecho. No obstante, el populismo se aviene mal con él, la prisa y urgencia por llegar a las metas que se fija lo hacen ver con impaciencia todo procedimiento, con afán subversivo toda institución y con absoluta reprobación cualquier ordenamiento jerárquico.

Del mismo modo, la política democrática implica una geometría política proporcionada, es decir, una estructura que reconozca la organicidad del Estado, que propicie una cierta división del trabajo político. Esto implica el reconocimiento de clases, grupos y sectores funcionales no estratificados, lo cual implica el reconocimiento de élites políticas en alguna medida, aunque también de élites sociales y económicas. Se trata de una estructuración social compleja que no puede reducirse simplemente a la diferenciación y exclusión del pueblo-plebe y las élites oligárquicas. Dentro de una estructura de este tipo, es evidente que una parte importante del trabajo político se concentra en cierto tipo de élites, previas o creadas para el caso, por lo que no es factible esperar una elevada participación política directa del conjunto de la población en las tareas directivas de la sociedad, algo de lo que reniega claramente el populismo, ansioso de la participación política masiva del pueblo.²⁴

En este sentido, no sólo las élites políticas son vistas con recelo por el populismo: ante sus ojos, todas las élites son poco confiables. Así como ve con hostilidad a las élites políticas, de la misma manera percibe a las élites económicas o a las culturales. Más aún, la misma definición de élite es contraria al populismo, es lo opuesto al pueblo, al hombre común. Incluso los intelectuales son sometidos a esta sospecha, sobre todo si han estado cercanos al poder. El intelectual, como parte de las élites culturales, no puede ser admitido en el *corpus* del populismo a menos que se declare como una especie de intelectual

²⁴ Véase William Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, 1966, New York, Free Press.

ROBERTO GARCÍA JURADO

orgánico, que renuncie a su autonomía, a su mirada crítica, y acepte confundirse con el pueblo.²⁵

Por esta misma razón, uno de los elementos discursivos e ideológicos más característicos del populismo es la figura de la conspiración. Para los populistas, las acciones y decisiones derivadas del poder político no pueden ser producto más que de una conspiración fraguada en las alturas de las élites en contra del pueblo. La política les parece producto de maquinaciones, confabulaciones y complots. Lejos de ver en la política un proceso meramente terrenal y contingente, un resultado del entrecruzamiento y choque de las diferentes voluntades humanas, que a veces parece cierto, pero en otras resulta totalmente impredecible; las cuestiones vinculadas con el poder les parecen tan lejanas e inasibles que la mejor forma de acercarse a ellas y comprenderlas es mediante una teoría conspirativa de la política.

Para el público del populismo, y para muchos líderes populistas, los círculos cercanos al poder político aparecen ante sus ojos tan lejanos e inciertos que no pueden verlos más que con recelo, admiración y un tanto de perplejidad. De ahí la enorme sonoridad de las explicaciones conspiratorias.

24

De este modo, la teoría de la conspiración que Hofstadter observó en el populismo norteamericano no parece privativo de éste; de hecho, tal vez no sólo se extienda a la mayor parte de las expresiones populistas, sino que también es un producto relativamente natural de la sociedad de masas moderna, que margina del ejercicio del poder político a enormes sectores de la población, carentes de toda conciencia y efectividad política, lo cual los hace completamente susceptibles de creer en este tipo de teorías.

Esta situación permite establecer más fácilmente un vínculo directo entre el líder y la masa; un líder carismático, mesiánico, que por medio de esta relación directa con el pueblo se le acerca de manera más íntima. Ciertamente, la presencia del líder populista es más una característica de los populismos del siglo XX que de los del siglo XIX. De esta manera,

²⁵ Véase Edward Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, 1976, México, Tres tiempos; y Edward Shils, *Los intelectuales en las sociedades modernas*, 1976, México, Tres tiempos.

aunque Hermet habla del populismo de los modernos y de los antiguos, parangonando la expresión de Constant sobre la libertad, en realidad parece más un fenómeno de los modernos; más aún, considerando que sólo llamamos populistas a los movimientos, partidos o líderes que se han producido a partir del siglo XIX, en realidad debíamos decir que se trata de un fenómeno contemporáneo, aun cuando haya quienes vean en movimientos como la *jacquerie* expresiones protopopulistas.²⁶

Esta relación directa entre el líder y las masas también parece superar y rebasar las instituciones y estructuras políticas tradicionales. La organización típica del populismo está a la orden del líder populista.

La democracia del populismo

Las instituciones de la democracia moderna no se adaptan a las exigencias del populismo. Aun cuando parece existir una identificación automática entre democracia y pueblo, en realidad las instituciones de la democracia moderna no permiten sino que esta identificación sólo se dé por medio de una serie de filtros que al final atenúan o matizan dicha asociación. Así, una expresión del tipo “la democracia es el gobierno del pueblo”, no parece la forma más precisa de aludir a esta forma de gobierno en los tiempos modernos.

De este modo, democracia no es lo mismo que el gobierno del pueblo, y mucho menos puede entenderse a la democracia como la expresión del populismo. Por principio, la democracia moderna, y aun la antigua o la de otros momentos históricos, está compuesta de un conjunto de normas, procedimientos e instituciones que ponen freno o cauce a manifestaciones tumultuarias, explosivas o emotivas provenientes del pueblo: por definición, el populismo suele llevarse mal con las instituciones, sobre todo con las instituciones políticas.

De este modo, mientras la democracia pretende una incorporación política regular, institucionalizada y limitada, el populismo parece reque-

²⁶ Véase Guy Hermet, “Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos”, en Guy Hermet, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud’homme (comps.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, 2001, México, El Colegio de México.

ROBERTO GARCÍA JURADO

rir una movilización episódica, irregular e intempestiva. Como puede verse, aunque parecen dos conceptos cercanos, en realidad no lo son.²⁷

De esta manera, debido a que el concepto de democracia es tan amplio y polivalente, al grado de que se ha vuelto necesario agregarle un adjetivo para precisar su significado, comenzando por el de democracia moderna, referido antes, el populismo parece antagonizar con más encono con la democracia cuando se le acompaña de los adjetivos de liberal, representativa o constitucional, mientras se asocia mejor a expresiones como democracia plebiscitaria, democracia popular o, incluso, democracia populista.

La democracia moderna no puede entenderse de otro modo que no sea democracia liberal. Como se sabe, este concepto compuesto de dos partes, reúne dos nociones políticas que no necesaria ni espontáneamente se implican, es decir, una cosa es la democracia, entendida como la forma de gobierno que toma en cuenta y atiende los intereses de la mayoría de la población, y otra cosa es el liberalismo, es decir, la relación de la autoridad política con el conjunto de la población, que parte de la idea de respetar ciertos derechos y libertades esenciales de todos y cada uno de los individuos que la componen. El proceso histórico que ha permitido fundir ambos principios no ha sido sencillo; sin embargo, en la actualidad la mayor parte de los regímenes democráticos que existen en el mundo reclaman para sí esta herencia.²⁸

Por supuesto, si el populismo se diferencia de la democracia, cualquiera que sea su especie, con la democracia liberal esta diferencia llega al antagonismo.

La democracia representativa es también un binomio complejo, casi podría decirse que, como la democracia liberal, es un matrimonio forzado. La representación implica necesariamente intermediación, delegación, mandatarios. Casi por definición, la democracia representativa implica la formación de una élite política, de un grupo separado del pueblo, de un proceso en que los representantes adquieren cierto margen de autonomía y responsabilidades exclusivas. La representa-

²⁷ Véase la "Introducción" al texto de Francisco Panizza (comp.), *op. cit.*

²⁸ El proceso histórico y conceptual que dio origen al término *democracia liberal* está adecuadamente referido en Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, 1991, México, Alianza.

ción política también da pie a la deliberación, a la elaboración mental de opciones y alternativas que no necesariamente concuerdan con el deseo o el imperativo del cuerpo representado. Más aún, abre la posibilidad de pactos, convenios y acuerdos que no pueden aparecer para el escrutinio popular sino bajo el signo de la sospecha. El populismo no confía en la buena fe, ni en el buen juicio de los representantes, necesita que estén lo más cerca posible de sus representados, por ello, una de sus instituciones más deseadas o valoradas es la revocación de mandato.²⁹

La democracia constitucional tampoco es una especie grata al populismo; ésta, a pesar de reconocer la soberanía popular, somete al pueblo a una serie de ‘pruebas de identidad’ y ‘acreditaciones’ que retardan su acción. El constitucionalismo necesariamente implica una restricción a la expresión del poder político, ya radique éste en el monarca o en el pueblo, por lo que el populismo no puede verla sino con impaciencia.³⁰

Si con alguna especie de democracia se acomoda el populismo, es con la plebiscitaria. Los líderes populistas se desenvuelven mejor de cara a las multitudes, dirigiéndose al hombre común, tratando de despertar sus emociones más que su razón. Y para estar frente a su público, todas las estructuras intermedias, llámense partidos, organizaciones civiles o asociaciones, les estorban, obstruyen la proyección de su imagen frente a la multitud. La validación que otorga el plebiscito al líder populista es menos comprometedora.

El concepto de democracia populista es poco común en nuestras latitudes. Sólo en el contexto de la sociedad estadounidense tiene mayor reconocimiento, y aún ahí su difusión es más bien modesta.

Hablar de democracia populista no es exactamente lo mismo que populismo, sin embargo tienen sus conexiones. La democracia populista parece ser la versión contemporánea de lo que Tocqueville llamara *tiranía de la mayoría*. Robert Dahl advierte que esta modalidad de la democracia pretende atribuir una soberanía ilimitada a la mayoría. Trata de que el poder político descienda todo lo posible a nivel del pueblo,

²⁹ Véase Bernard Manin, *Los principios del gobierno representativo*, 1998, Madrid, Alianza.

³⁰ Véase Pedro Salazar Ugarte, *La democracia constitucional*, 2006, México, FCE; Joshua Cohen, “An Epistemic Conception of Democracy”, *Ethics*, Oct. 1986, vol. 97, núm. 1; y Rainer Knopff, “Populism and the Politics of Rights: The Dual Attack on Representative Democracy”, *Canadian Journal of Political Science*, Dec. 1998, vol. 31, núm. 4.

ROBERTO GARCÍA JURADO

o de su mayoría al menos, sin reconocer otros límites que la voluntad general.³¹

Sin embargo, a pesar de este tipo de aproximaciones del populismo a ciertas especies de democracia, lo que queda claro es que se conjuga mal con los principales rasgos y valores de las democracias modernas.

Actualidad del populismo

Muy frecuentemente se ha dicho que es tal la variedad de acontecimientos, instituciones o personas a las que se les aplica el concepto de populismo, que es prácticamente imposible llegar a un consenso sobre su significado; la definición tendría que ser tan amplia que perdería los contornos necesarios de una definición. También se ha insistido sobre el riesgo de que la definición sea tan general y laxa que se incluya en ella a un número de casos desbordante, inútil por su amplitud.

No obstante, a pesar de todos estos inconvenientes, el lenguaje político contemporáneo sigue recurriendo con gran profusión a este concepto, sin reparar en todas estas advertencias. Así, por lo que puede intuirse, esta empecinada insistencia sugiere que hay una necesidad de la realidad insatisfecha por la teoría; de otra otra manera, a pesar de sus dificultades, necesitamos del concepto del populismo para referirnos a determinados fenómenos políticos que abundan en nuestro entorno.

En este sentido, luego de haber expuesto cinco de los principales episodios populistas en la historia del mundo occidental, y de evaluar las conexiones entre el populismo y el pueblo, la política y la democracia, es pertinente señalar que el concepto de populismo puede ser útil y pertinente en el lenguaje político contemporáneo, si se le usa para designar a un movimiento, partido político o régimen que se caracterice por los siguientes rasgos:

1. *Liderazgo carismático*. El populismo contemporáneo se caracteriza, antes que nada, por la presencia de un líder político carismático

³¹ Véase Robert Dahl, *Un prefacio a la teoría democrática*, 1987, México, Gernika.

con una influencia determinante. A diferencia de los populismos del siglo XIX, que no tuvieron un liderazgo visible, los populismos del siglo XX tuvieron este rasgo en común, el cual puede retomarse para caracterizar a las manifestaciones populistas actuales.

La concentración poblacional propiciada por la urbanización y el desarrollo vertiginoso de los medios de comunicación a lo largo del siglo XX y lo que va del presente, ha permitido que los líderes populistas desarrollen la veta de *cesarismo* que hay en ellos, es decir, la búsqueda de la relación directa con el pueblo, sin intermediarios, frente al cual ejercen una gran influencia debido, en parte, al lenguaje sencillo y directo con el que tocan la sensibilidad popular, un lenguaje que apela más a las emociones que a las razones de la acción política.³²

El líder populista satisface los apetitos del pueblo de múltiples maneras. No sólo le ofrece de manera directa y sencilla aquello que explícitamente el pueblo espera, sino que también le inyecta su savia vital, lo constituye, le da cuerpo y coherencia. El líder no sólo se ofrece al pueblo como símbolo mediante el cual éste pueda imaginarse expresando y ejerciendo poder e influencia de que carece, materializando la voluntad popular. Se trata también de una relación social por medio de la cual ambos, pueblo y líder, crean una nueva realidad, una realidad simbiótica y autárquica, autocomplaciente.

Un liderazgo de este tipo, dotado de tanta influencia, tiende a ser poco responsable o completamente irresponsable en términos políticos. Su relación directa con el pueblo lo impele a buscar soluciones rápidas y directas a los problemas sociales, lo cual muy frecuentemente conduce a tragedias y catástrofes del más diverso cuño.

2. *Apelación directa al pueblo.* En la era de la democracia, todas las convocatorias políticas apelan al pueblo, no podría ser de otro modo; sin embargo, la invocación que hace el populismo es enfática, absoluta y definitiva. A diferencia del lenguaje democrático, que apela al pueblo reparando en sus diferencias, en la diversidad de sus intereses y en la

³² Véase Charles Lindholm, *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, 2001, Barcelona, Gedisa; y Luciano Cavalli, *Carisma. La calidad extraordinaria del líder*, 1999, Buenos Aires, Losada.

ROBERTO GARCÍA JURADO

necesidad de integrar la voluntad general a partir de las diferencias sociales, el populismo de la actualidad invoca la unidad absoluta del pueblo, proclamando la supremacía popular por encima de cualquier otra consideración y de cualquier otra entidad. El populismo asume una unidad popular indivisible, aún en sociedades complejas como las modernas, compuestas de partes tan divergentes. Para éste, toda sociedad debe ser susceptible de reducirse a una sola expresión: el pueblo. En esto, su proceder evoca al de Procusto: todo se reduce a una sola medida, por lo que hay que acortar o alargar hasta conseguir la uniformidad buscada.

El pueblo del populismo, como todos los sujetos sociológicos, busca una identidad que le permita, simultáneamente, identificarse a sí mismo y diferenciarse de los otros. Al incluir a determinados individuos también pretende excluir a otros; incorpora para desincorporar.

Sin embargo, esta invocación a la totalidad no es real; se apela al pueblo, pero sólo al que está formado por el hombre sencillo, el hombre común, el que se encuentra marginado del poder político. Más aún, como una pesadilla totalitaria, guiado por la mano del líder, el pueblo se constituye a sí mismo, él mismo decide sus contornos, su identidad y sus enemigos de turno.

30

3. *Superación de las instituciones políticas.* Los partidos, los gobiernos, las asociaciones civiles, las leyes, y en general todas las instituciones políticas le estorban al populismo de la actualidad. La necesidad del líder populista de dirigirse directamente al pueblo hace que la intermediación de asociaciones y partidos interfiera, retarde o modifique el mensaje original. Si existen partidos u organizaciones que sirvan al populismo, éstas sólo pueden estar al servicio del líder, ser un vehículo personal para lograr la unión entre la cabeza y el cuerpo, para amalgamar todas las partes disgregadas.

Sólo de esta manera la movilización popular puede darse de arriba a abajo, un imperativo del populismo, sin el cual el control sobre el pueblo se saldría de madre.

Como puede verse, a partir de estas tres características genéricas (*liderazgo carismático; apelación directa al pueblo; y superación de*

las instituciones políticas) se pueden aislar movimientos, partidos o regímenes del mundo contemporáneo que conviene designar con el nombre de populismo.

Ciertamente, sigue siendo una caracterización general, hay que aceptarlo; sin embargo, y este es el punto de llegada, es indudablemente útil para identificar y diferenciar una serie de expresiones políticas contemporáneas que parecen, pero no son democráticas; que atentan contra este tipo de regímenes políticos; que recuperan los peores resabios del culto a la personalidad; que amenazan las instituciones políticas de todo tipo; y que excluyen y proscriben lo diferente, lo extraño, lo desconocido.

Por supuesto, esto no implica que en el futuro el concepto de populismo no siga utilizándose con más afanes polemistas que analíticos; sin embargo, es probable que muchas de nuestras categorías políticas más comunes sufran de esta ambivalencia en algún grado, una característica propia e inevitable de nuestro tiempo.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.